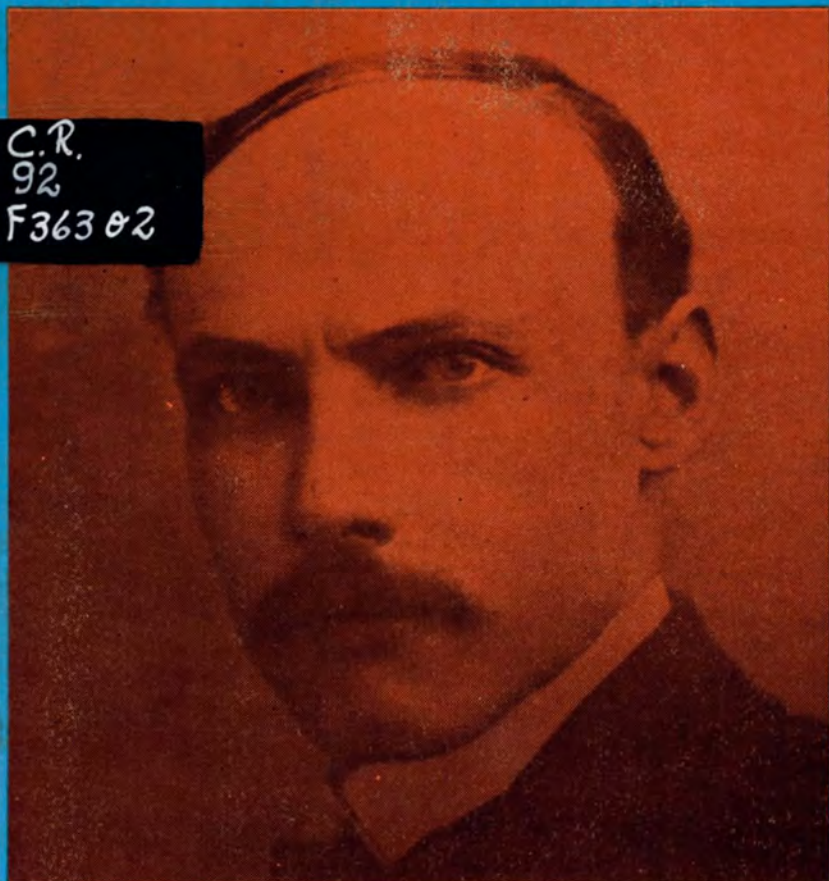


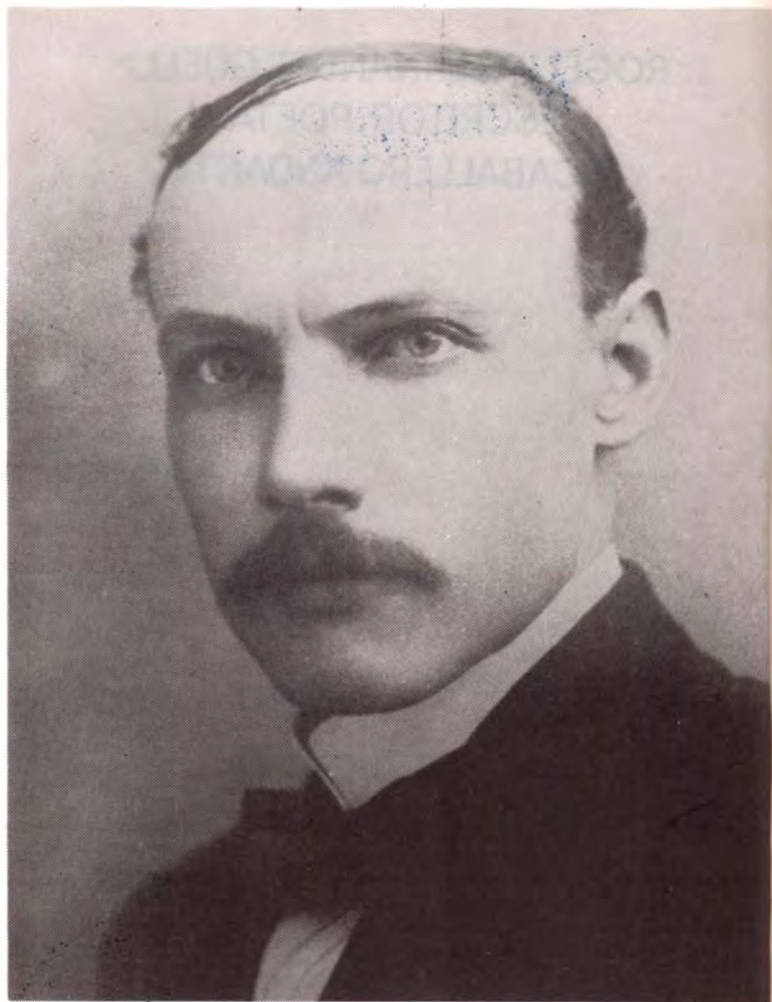
C.R.
92
F363 02



**ROGELIO
FERNANDEZ GÜELL:**
**ESCRITOR, POETA
Y CABALLERO
ANDANTE**

EDUARDO OCONITRILLO GARCIA





Rogelio Fernández Giel

EDUARDO OCONTRILLO GARCIA

**ROGELIO
FERNANDEZ
GÜELL:
ESCRITOR, POETA
Y CABALLERO
ANDANTE**



EDITORIAL  COSTA RICA
SAN JOSE / 1981

1 Edición, Editorial Costa Rica, 1980
2 Edición, Editorial Costa Rica, 1981

20
92
F 30302

92

F363-02 OCONITRILLO, EDUARDO

ROGELIO FERNANDEZ GUELL / EDUARDO OCONITRILLO

2. ED. - SAN JOSE: EDITORIAL COSTA RICA, 1981.
134 P.

1. FERNANDEZ GUELL, ROGELIO, 1883-1918. 1. TITULO

53044
445698



© Editorial Costa Rica, 1981

Impreso en Costa Rica. Hecho el depósito de ley.

I N D I C E

AGRADECIMIENTO	9
CAPITULO I	
LA FORJA DEL HEROE	11
CAPITULO II	
EL NIÑO RETRAIDO Y EL ADOLESCENTE INQUIETO	17
CAPITULO III	
UN JOVEN PERIODISTA QUE SE FIRMA PASCUAL	23
La cárcel para un Quijote	23
Jóvenes idealistas contra viejos políticos	25
CAPITULO IV	
EL POETA ES UN PEREGRINO	45
CAPITULO V	
OTROS CAMINOS: NUEVOS HORIZONTES	53
El cronista de la gran revolución mexicana	56

CAPITULO VI	
EXPLORADOR DE LO IGNOTO	67
CAPITULO VII	
COMO ULISES. . .	73
Otra vez el periodista de combate	75
El político	78
CAPITULO VIII	
CAPITAN DEL IMPARCIAL	81
Funcionario público	81
Director del nuevo diario	83
CAPITULO IX	
EL TRIBUNO REBELDE	93
Pudiendo ser Sanchos preferimos ser Quijotes	99
CAPITULO X	
LA ULTIMA AVENTURA DE UN QUIJOTE	107
17 hombres en busca de su destino	107
De rebeldes a mártires	114
Una vida es un relámpago en la eternidad	118
CAPITULO XI	
LA YEDRA HA VENCIDO AL LAUREL	121
BIBLIOGRAFIA Y NOTAS	127

AGRADECIMIENTO

El autor deja constancia de su agradecimiento a los señores don Orontes Gutiérrez y don Domingo Rivera Altamirano, únicos sobrevivientes del alzamiento de Rogelio Fernández Güell. A los parientes del ilustre biografiado: Profesor Fernando Centeno Güell, don Edgar Fernández, señora Leda Fernández de Bornemisza y señora Miriam Fernández de Mainieri, gracias a quien le fue posible localizar a los hijos de don Rogelio, residentes en España; a los señores Juan Rogelio y Federico Fernández Serratacó agradece su correspondencia, así como a don Róger Fernández López-Calleja. A don Francisco María Núñez, quien le facilitó un valioso trabajo, de su propia cosecha, sobre la revolución del 22 de febrero de 1918. Al profesor don León Pacheco y a los poetas don Julián Marchena y don Carlomagno Araya, a quienes les preguntó sobre poesía. Al amigo don Salvador Avila Páez, quien tuvo la paciencia de leer el manuscrito y hacerle importantes sugerencias. Finalmente, al distinguido historiador, Profesor don Rafael Obregón Loría, quien le facilitó importantes documentos, además de convertirse en su primer y más desinteresado asesor en Historia de Costa Rica.

Muchas gracias a todos.

San José, junio de 1978.

Capítulo I

LA FORJA DEL HEROE

Viernes 15 de marzo de 1918. Amanece en Buenos Aires, pueblito de once casas y sesenta ranchos de paja, alejado por más de 200 kilómetros de la capital, al que se llega después de cinco días de buen andar por caminos escabrosos. El sol ilumina el valle, perdido entre la selva y montañas escarpadas, que cruza el río Ceibo. La ciudad despierta y cada uno de sus habitantes se dirige a sus humildes oficios. Niños campesinos e inditos chiricanos, descalzos, llegan a la escuela. El maestro comienza su tarea diaria de enseñar las primeras letras a sus alumnos; pero no ha terminado la primera lección cuando asombrados escuchan un tiroteo que viene del bajo del río. El maestro, por precaución, traslada a los niños a la Casa Cural y después de unos minutos de ansiosa espera, ve regresar silencioso y cabizbajo a uno de los principales vecinos. Lo interroga y se entera de los acontecimientos. Despide a sus alumnos y les recomienda que no vayan al lugar de los sucesos y marcha presuroso al bajo.

Al llegar se enfrenta con un grupo de hombres que conducen prisionero a un cholito, alto y joven. Hombres envalentonados y groseros se acercan haciendo comentarios en voz alta. Se escuchan vivas al Gobierno y al General Araya. Unos pasos más allá, el maestro se encuentra con un cuadro sobrecogedor. Estas son sus propias palabras:

“Cien metros detrás venía el herido Salvador Jiménez conducido por brazos culpables. Más allá yacía mortalmente herido a la derecha del camino Joaquín Porras, a quien el Padre Federico Mauback, acababa de confesar lo mismo que a Jimé-

nez. A diez metros en línea oblicua, hacia el Occidente y medio oculto entre el monte, encontré el cadáver de don Rogelio, que presentaba una herida lateral de la rodilla izquierda, dos agujeros de bala en el cuello y dos en el cráneo, la barba y el bigote rasurados y vestido con ropa exterior sencilla, una camisa con pechera a rayas delgadas de azul y blanco, botas de ciudad a dos colores e indumentaria interior toda fina y marcada delicadamente con las dos primeras iniciales de su nombre. Quisimos adquirir para la familia alguna prenda de recuerdo del extinto y sólo encontramos en el bolsillo un lapicito amarillo. Ya había sido despojado de todo lo valioso, como todos sus compañeros, que tenían algunos bolsillos vueltos al revés.

Avanzando 300 m. y cruzando un brazo del Ceibo formaban triángulo los cadáveres de Carlos Sancho, Jeremías Garbanzo y Ricardo Rivera. Estaban atrozmente heridos a bala y los dos primeros tenían de tal manera destrozado el cráneo, que la masa encefálica hubo de rodar por el suelo. . .” (1)

El maestro hacía anotaciones en un cuaderno, cuando el jefe de la banda se le acercó y le preguntó con qué objeto escribía. Alguien le contestó oficiosamente que el maestro además era corresponsal. Marcelino García Flamenco ratificó lo dicho y le preguntó a Patrocinio Araya si le era permitido continuar con sus notas.

—Sí, de estos sucesos es bueno que se entere el público detalladamente—fue su respuesta.

En aquellos momentos se acercó el Alcalde con el fin de levantar la información y Araya lo intimidó:

—El Alcalde no tiene que ver nada en esto que es el resultado de una acción puramente militar. . .

Como el jefe de la jauría era analfabeto y tenía que escribir una carta, nombró al maestro como su secretario; pero antes éste se vio obligado a volver a la población con Araya y acompañarlo a tomar algunas copas. Allí estaban cuando los “turcos” Ibarra llegaron a quejarse de que sus tiendas estaban siendo saqueadas por la eufórica cuadrilla. El jefe les prometió detener aquellos desmanes y pagar las cuentas de cuanto la tropa pidiera en los establecimientos.

Araya aplazó el trabajo con el maestro hasta después del almuerzo. El entusiasmo seguía a la jauría. Cada uno quería ser un matador. Un vecino propuso que los cadáveres fueran arrojados a una fosa común, en un lugar del cementerio destinado a "los moros".

Un policía pidió una cumbia (baile chiricano) para celebrar el triunfo. Marcelino recordó su condición de "maestro de escuela y su calidad de hombre civilizado", y llamó al orden a aquella canalla desenfadada. Dijo bien de Fernández Güell y sus compañeros y fustigó a los cobardes vencedores. Nadie lo interrumpió, aprobando en secreto su conducta.

Pasó el almuerzo y Patrocinio Araya le dictó la siguiente carta:

*"Señor Ministro de la Guerra, San José.
Mi muy estimado General:*

Hoy viernes 15 de marzo a las 8 de la mañana tuve la grata satisfacción de cumplir sus órdenes al pie de la letra. Rogelio Fernández Güell ya no vive y lo siguieron a la tumba Joaquín Porras, el matador del Coronel Quesada, Ricardo Rivera el vaqueano, Jeremías Garbanzo y Carlos Sancho. Tengo herido a Salvador Jiménez y preso y sano a Aureliano Gutiérrez, vaqueano que condujo a los primeros hasta El General. Puede decir al amigo Enrique Clare q' cuente con el crespo q' me encargó de Rogelio. Estoy ansioso de dar a Ud. cuenta minuciosa de mi feliz comisión, en la cual no sufrió lo menos ninguno de los míos. Mi querido General: mis muchachos están muy maltratados para regresar por el Cerro de la Muerte y espero de su bondad que me ponga cuanto antes una gasolina en El Pozo.

Siempre su fiel amigo,

(Fdo.) PATROCINIO ARAYA" (2)

Parece ser que Clare era incapaz de la iniquidad a que se refirió Araya y que todo fue el producto de una imprudente broma que gastó en presencia del sicario, cuando se creía que Fernández Güell ya había huido del país y que el militarote en su ignorancia y ferocidad tomó al pie de la letra.

Al día siguiente, cuando todavía permanecía el grupo de asesinos en Buenos Aires, el maestro enseñaba a sus alumnos

el significado de la palabra **asesinato**, que aún aquellas mentes inocentes y sencillas desconocían. Después les predicó contra la obediencia ciega que hace a los hombres cómplices de actos deshonorosos y, por último, les leyó un artículo que contra la pena de muerte había escrito don Rogelio Fernández Güell, y que con devoción guardaba en un libro de recortes.

Antes que la lección terminara invitó a sus humildes párvulos a poner flores y cruces en las tumbas de las víctimas el día del novenario y cerró la escuela en señal de duelo.

Esa misma mañana el Padre Mauback ofició una misa por los difuntos a la que asistió tan sólo una veintena de vecinos.

Pasó una semana. El maestro fue con sus discípulos al camposanto, colocó flores sobre las humildes fosas y plantó dos cruces: una común a todos los héroes, con esta inscripción: "15-III-1918" y otra para don Rogelio con sus iniciales. García Flamenco describió el homenaje con estas palabras: "Todo sencillo, pero con sincero cariño".

De regreso del cementerio se despidió de sus niños y mandó su renuncia irrevocable al Inspector de Escuelas de Puntarenas:

"Señor: Aunque mi conducta observada el 15 del presente estuvo absolutamente de acuerdo con mis deberes de maestro y de hombre honrado que soy, en lo que toca al asesinato perpetrado en las personas de don Rogelio Fernández Güell y compañeros, los sucesos de ese día me obligan a presentar por su digno medio al Ministerio de Instrucción Pública mi renuncia irrevocable del cargo de maestro de la escuela de Buenos Aires. . ." (3)

El maestro durante esa semana había meditado y tomado una firme decisión. Cerró su escuela, y el 24 de marzo, Domingo de Ramos, con un pesado fardo de 30 libras a la espalda, lleno de santa ira, tomó el sendero que lo llevaría a Panamá. . . y a la inmortalidad; ¡pero los Domingos de Ramos traen siempre muy cerca los Viernes Santos!

Como no conocía el camino, ocho días le tomó llegar a tierras panameñas. Ya en David, se encaminó a un perío-

dico —el “Star and Herald”—y publicó la denuncia del crimen, dirigida a la conciencia pública de Costa Rica.

El maestro hizo una patética relación de los hechos de los cuales había sido providencial testigo. Y este hombre era salvadoreño, pero la dignidad no tiene fronteras. ¡Es cuestión de conciencia! Sólo dos semanas antes del asesinato había llegado a Buenos Aires, porque siendo maestro en Puntarenas un día se tomó unas copas de más y avergonzado pidió su traslado. ¡Fue el destino el que lo puso de testigo en el lugar del crimen!

El maestro se unió a los patriotas que conspiraban en Panamá para derrocar al Gobierno usurpador de Costa Rica. Ya había ligado su trágico destino a los héroes que cayeron en Buenos Aires aquel aciago 15 de marzo de 1918.

* * *

Víctima de la maldad y de la ignorancia, las balas asesinas cortaron en plena juventud física e intelectual la vida de un hombre de apenas 34 años: Rogelio Fernández Güell; pero si siempre es dolorosa la desaparición de un ser en la flor de la vida, más aún lo es cuando de esa existencia se habían recogido los primeros frutos y era de esperarse por esa muestra una abundante y espléndida cosecha.

Espíritu inquieto y aventurero con ribetes de filósofo místico, hombre que alternaba la acción con la meditación, Rogelio Fernández Güell fue a través de su azarosa vida un noble rebelde. Periodista, político, polemista ardiente, tribuno, orador de altos vuelos, diplomático, perpetuo meditador, puritano e idealista y, ante todo, un impertérrito amante de la libertad con alma de artista. Aquel homicidio inútil privó a las letras nacionales de un fino escritor, uno de los mejores prosistas de su generación, de un inspirado poeta, y de un talento extraordinario que descollaba en todos los campos adonde lo llevaban sus inquietudes, de quien mucho cabía esperar en la literatura así como en la vida política nacional.

Hoy día Fernández Güell es un héroe, aunque olvidado; pero la aureola de héroe nacional que un día desafió a la tiranía y que lo hizo ídolo fugaz del pueblo que sufrió la opresión cuando cayó el despotismo, en una paradoja hasta cierto punto explicable, opacó sus méritos de escritor y poeta. Este estudio pretende rescatar del olvido al héroe yendo al encuentro de un hombre extraordinario y devolver a las nuevas generaciones estudiosas al castizo escritor y al inspirado versificador. Puede ser que algunos de los temas que tratara ya estén superados o que no interesen tanto como en el tiempo en que fueron hechos; que ya no se escriban versos como los suyos, pero los méritos de su producción como toda su obra de arte, tiene valores perdurables.

Conozcamos al hombre y su obra, antes de relatar la última aventura ingenua y romántica —porque todo héroe tiene algo del candor de la inocencia— que tuvo el epílogo sangriento que hemos narrado.

Capítulo II

EL NIÑO RETRAIDO Y EL ADOLESCENTE INQUIETO

"De todos los nombres que Dios tiene, el más hermoso es Amor".

R.F.G., de *Psiquis sin Velo*.

No hay mejores credenciales que viajar con tres hijas jóvenes, bonitas y solteras, pensó el emigrante español cuando después de desembarcar del barco que los trajera de Panamá, cumplió con las formalidades de ingreso y de aduanas, las que fueron pronta y solícitamente despachadas por el Capitán de Puerto.

—¿Quién será este Capitán de Puerto, tan guapo y galante que no tiene anillo de matrimonio?—, se preguntaron las tres niñas cruzándose miradas de inteligencia y sonrisas de coquetería.

—¿Cuál de las tres me gusta más?—, pensó el militar, enamorado y solterón, atusándose el bigote, mientras sonriendo les preguntaba sus nombres: —Magdalena. . . Brígida. . . Carmen. Carmen Güell Pérez, edad 14 años nacida en Cuba, Provincia de España, hija de Jaime Güell Ferrer, ciudadano español, comerciante, viudo de primeras nupcias, y de Rita Pérez de Morales, española, nacida en la isla de Cuba, ya fallecida. . . (4).

En el primer viaje que hizo a San José, el Capitán de Puerto y Gobernador de la Comarca de Puntarenas, cumplió con la invitación que le hiciera don Jaime y fue a presentar sus respetos a la familia. Pero ni lerdo ni perezoso, cuando se despidió ya había pedido la entrada a la casa.

Un año después el romance terminó en el altar y el domingo primero de noviembre de 1868, don Federico Fernández Oreamuno y doña Carmen Güell unieron sus vidas en el sagrado sacramento del matrimonio. Eran los tiempos de los noviazgos cortos y de los matrimonios largos y de muchos hijos, y doña Carmen le dio a su esposo una docena.

Don Federico pertenecía a una de las grandes familias de la sociedad costarricense: los Fernández, descendientes en línea directa de don Juan Fernández Martínez, nacido en 1673 en Burgos, Castilla la Vieja, España, y muerto en Cartago en 1737, tronco que le daría al país, entre otros hombres notables, diez de nuestros Jefes y Vice-Jefes de Estado y Presidentes de la República. Entre ellos, don Juan Mora Fernández, el Dr. José María Montealegre Fernández, y ya tiempo después de nuestra historia, el General Próspero Fernández Oreamuno, hermano de don Federico, el Lic. José Joaquín Rodríguez Zeledón y don Rafael Iglesias Castro,

Doña Carmen descendía de dos familias españolas de rancio abolengo: los Güell y los Pérez. Los Güell tenían su primitiva casa solariega en Villafranca del Panadés, Barcelona, y en el Convento de San Francisco poseían el Patronato de la Capilla de San Antonio, con enterramiento propio. Su noble linaje les permitía ostentar escudo con las armas de la familia en campo de gules con dos fajas de oro. Del siglo XVIII a épocas más recientes, los Güell contaban entre sus descendientes a Catedráticos de la Universidad de Barcelona, oidores y diputados de la Audiencia de Cataluña, los Condes, Marqueses y Barones de Güell. Y en Cuba, entonces posesión española, donde se trasladaron algunos de sus miembros, tres generaciones de escritores y literatos de renombre. Por los Pérez, contábase entre sus ascendientes a marinos, militares, comerciantes y aventureros. Y doña Rita, la fallecida madre de doña Carmen, era hija del Capitán español Luis Pérez de Morales y Carrillo, fundador de Santa Clara de Cuba, que se había hecho célebre por haber derrotado al famoso pirata L'Ollonais, llegando a ser dueño de un enorme capital en Las Villas, Cuba (5).

¿Qué decidió a don Jaime Güell Ferrer a dejar la isla y venir a echar sus riales en la pequeña república centroamericana? A ciencia cierta, no se sabe, aunque existen varias versiones: una dice que fue a consecuencia de un duelo que tuvo en la isla su hijo Santiago, quien fue el primero en llegar a Costa Rica. Otra, que fue por las guerras de independencia que comenzaban a azotar a la isla y la última, que parece la más probable, que fue por motivos de negocios, ya que parece que malos vientos le habían corrido a don Jaime en sus actividades comerciales en Cuba.

En Costa Rica todos casaron, incluyendo a don Jaime, que lo hizo en segundas nupcias, fundando familias de nota en la sociedad capitalina del siglo pasado.

Don Federico Fernández contaba 41 años a la fecha de su matrimonio y ya había hecho una larga y honrosa carrera en las armas. Muy joven, en 1848, había peleado a las órdenes del Coronel Simón Orozco, quien cayera defendiendo el gobierno legal del Dr. Castro en una de las tantas intentonas que se hicieron por derrocarlo. En la campaña nacional de 1856 y 1857 el oficial Fernández se había batido heroicamente contra los filibusteros, siendo finalmente víctima de la peste del cólera que diezmó nuestros ejércitos. En 1860 cuando la toma de Puntarenas por los amigos del ex-Presidente don Juan Rafael Mora, el Mayor Fernández participó destacadamente en la batalla de La Angostura, al lado de las fuerzas oficiales, ayudando a derrotar a los revolucionarios, cuyos principales cabecillas fueron finalmente fusilados.

De este matrimonio de la emigrante cubana y el militar costarricense, nació en San José, el 4 de mayo de 1883, el noveno hijo, que fue bautizado el 10 de junio siguiente, en la Parroquia de El Carmen, con el nombre de Rogelio Juan; fueron sus padrinos, don Manuel Fernández —hijo del entonces Presidente de la República General don Próspero Fernández Oreamuno— y la señorita Rosalía Fernández, hermana mayor del niño que ese día recibió las aguas bautismales.

Esta herencia de sangre criolla mezclada con española, explica en parte el carácter altivo e indómito, la despejada inteligencia, la afición por las letras y el alma delicada de artista que adornarían al vástago del hogar Fernández Güell

durante su breve e intensa existencia. Vida aventurera y romántica que seguiremos por estas páginas.

Ya de los años que van del matrimonio de sus progenitores al nacimiento de Rogelio Juan, su padre había participado con variada fortuna en otros acontecimientos de la historia patria: en 1870 el General Guardia le había encargado la misión de trasladar el puerto de Moín a otro lugar, fundando el actual puerto de Limón, del que llegaría a ser su primer Gobernador y motivo por el cual justamente se le considera como uno de sus fundadores (6); pero después, en 1874 y 1877, conspiró contra Guardia y tuvo que exiliarse en Cuba; sin embargo, en 1882 cuando su hermano, el General Próspero Fernández alcanzó el poder, don Federico fue nombrado Gobernador de San José y ascendido a General de Brigada. Y en 1885, se alistó para participar en la que sería su última aventura bélica, cuando se trasladó a Nicaragua a combatir al General Barrios. Sin embargo, las tropas costarricenses no tuvieron oportunidad de entrar en acción, y a su regreso, el Presidente don Bernardo Soto lo promovió a General de División (7).

Cuando ocurrió el nacimiento de Rogelio Juan, como se dijo antes, su padre era el Gobernador de San José y su tío el Presidente de la República. El niño se crió con sus numerosos hermanos en una casa propiedad de sus padres, situada a una cuadra al S. O. del Parque Central de San José, que fue por muchos años el centro de una vida socialmente distinguida, donde se verificaban veladas, reuniones y tertulias y también se recordaba con nostalgia las conspiraciones en que había participado el General Fernández. Ya retirado de las aventuras armadas el viejo liberal, se dedicaba a otros goces espirituales como la buena lectura, hasta que lo sorprendió la muerte cuando el joven Rogelio contaba sólo 13 años. Entonces La Generala pasó a ser la matrona, eje principal de la familia.

En febrero de 1890 el niño ingresó a una escuela pública, la Anexa Primaria del Liceo de Costa Rica, siendo su maestro don David Castro Badilla (8). Después pasó a las aulas del Liceo de Costa Rica, pero el carácter retraído del niño, más dedicado a la lectura que a los juegos infantiles, fue cambiando en la adolescencia, haciéndose más audaz e impulsivo y cuando don Carlos Gagini dejó la dirección del Colegio, el joven Fernández no aceptó las imposiciones dis-

ciplinarías de su sucesor, el educador chileno don Zacarías Salinas, y en señal de protesta se retiró del Liceo, dejando trunco sus estudios de bachillerato, en el primer acto de rebeldía que se conoce de este impenitente rebelde (9).

El muchacho se encerró entonces en la selecta y nutrida biblioteca de su padre, donde pasaba las horas del día dedicado a su pasión favorita: los libros. Un pariente recuerda que sus autores favoritos por este tiempo eran los franceses, Víctor Hugo, Lamartine, Chateaubriand y el historiador Thiers. Estudió también a los clásicos, y el Quijote que convirtió en su Biblia. De memoria recitaba trozos del libro del genial don Miguel de Cervantes, afición que lo acompañó durante el resto de su vida.

Un día que vio exhibida en la vitrina de una de las librerías de la ciudad, una edición de lujo de la Historia de los Girondinos de Lamartine, se dedicó a economizar monedas hasta que pudo reunir los veinticinco colones que costaba el precioso libro. Entonces, radiante de felicidad, se encerró en su cuarto a leer las hazañas de Vergniad, Barbaroux, los Roland, Carlota Corday, Dantón y los otros héroes de la revolución francesa (10).

Inspirado por estas hazañas, nutriéndose de estos grandes escritores, el adolescente salió un día de su casa para dedicarse a su vocación de periodista. Y así, muy temprano de su vida, lo tendremos haciendo gala de sus innatas condiciones de periodista y escritor político, metido de lleno en la política nacional, actividades donde muy pronto sobresaldría el talento excepcional del joven autodidacto.

Capítulo III

UN JOVEN PERIODISTA QUE SE FIRMA PASCUAL

"El oro se arranca del seno de la tierra y la libertad de las entrañas de los tiranos".

R.F.G., *El Derecho*, No. 1, 20 de setiembre de 1901.

La cárcel para un Quijote

Mil novecientos uno. Después de ocho años de gobierno casi absoluto, don Rafael Iglesias enfrentaba una fuerte oposición, numerosa y constituida por todas las clases sociales: campesinos y gamonales, los obreros en las ciudades, los intelectuales del "Olimpo", los hombres públicos de más fuste, la mayoría de la prensa y unos muchachos de ideas republicanas, porque no en vano se iniciaba el siglo.

A la crisis política se sumó la económica: la caída de los precios del café, unida al aumento de la deuda pública motivada por el establecimiento del patrón oro y la construcción del Ferrocarril al Pacífico, trajeron una angustiada situación económica.

Estos factores, más el hecho de que a nuestro pueblo no le gustan los gobiernos largos, habían hecho de Iglesias una figura impopular, y don Rafael, astuto político, comprendió que había llegado la hora de entregar el poder.

A principios de enero algunos miembros del Partido Republicano de 1897 intentaron reorganizarse y le propusieron a don Ricardo Jiménez Oreamuno la jefatura del partido, pero don Ricardo no aceptó. Se dirigieron entonces a don Bernardo Soto. Enterado del movimiento el Presidente convocó a elecciones para constituir una Asamblea General que reformaría la Constitución; en opinión de un historiador, don Rafael buscaba ampliar el plazo

presidencial y que el Congreso nombrara al Presidente, situación en la que fácilmente podría influir, pero don Bernardo renunció a la candidatura el 20 de julio, ante lo incierto de la situación (11).

Dos días antes del retiro político de Soto habían aparecido en el diario "El Tiempo", cuatro artículos que bajo el título de "Los Quijotes de mi tierra", firmaba Sansón Carrasco. Los escritos, irónicos, cargados de malicia, ridiculizaban a varios personajes políticos de la época, bajo la caricatura de los héroes cervantinos (12).

Invocando la Ley de Imprenta, el director del periódico, el dueño de la imprenta y el periodista, que resultó ser el joven Rogelio Fernández Güell, fueron procesados. El adolescente periodista comentó en "El Tiempo", lo siguiente:

"Los Quijotes nos van a prensar con esa prensa que se llama Ley de Imprenta, ¿Y todo por qué? Porque yo, Sansón Carrasco, escribí en malhadada hora unos tales Quijotes que han puesto a rabiar a media humanidad quijotesca" (13).

El juez condenó a veinte días de arresto a los tres señores, haciendo caso omiso de la defensa, que entre otras cosas alegó como atenuante que Fernández Güell era menor de edad, ya que a la sazón contaba con sólo 17 años. Los enjuiciados fueron a la cárcel, y por más de tres semanas se interrumpió la publicación del periódico.

Este jovencito, como aquel viejo hidalgo manchego, se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, leyendo libros de caballerías, ya que como tales eran reputados en la época, los que trataban de la libertad de los pueblos y de los derechos de los ciudadanos. Palpitaba su corazón de santo amor a la patria, leyendo las hazañas de sus héroes. Creía en la virtud y estaba resuelto a sacrificarse por ella. Sus primeros versos fueron para la patria y su primer artículo contra el hombre fuerte que la oprimía.

Pero el joven periodista no se amedrentó por este tropezco tan temprano, y escribió en El Día, otra serie de artículos de palpitante interés político, con el título de "Elecciones", donde hablaba del derecho al sufragio, la libertad de elecciones y criticaba la apatía del pueblo por estas instituciones republicanas, ante la proximidad de los comicios.

“Si un gobernante —escribió— no escucha la voz del pueblo, es porque éste no habla en voz alta”. El tercero de estos artículos lo firmaba Fernández Güell en la “Cárcel de San José”, el 29 de julio de 1901 y tres días después publicó El Día, una carta abierta que la dirigía el periodista a don Alfredo Greñas:

“No comprendo como en un país civilizado (?) se cometen tantos atropellos contra la razón sirviéndose de medios maquiavélicos para detener el curso del pensamiento, y, por lo tanto, ha sido para mí una desagradable sorpresa, el verlo mezclado a Ud. en un asunto del que sería completamente ajeno, si se hubiera invocado, no las leyes que la conveniencia ha sugerido a unos de cuyo nombre me quiero olvidar, sí las que dicta el sano criterio de los hombres honrados. No se necesitan anteojos de larga vista para divisar su inocencia. ¿Qué culpa tiene Ud. en la publicación de mis artículos “Los Quijotes de mi Tierra?”

¡La de ser dueño de la Imprenta donde se levantaron! El público comprenderá que Ud. es inocente y que el crimen de lesa majestad que se nos achaca, tiene tanto de crimen como una bomba de altar mayor. Sintiendo profundamente el haber sido la causa de sus dificultades, me suscribo de Ud. muy seguro y atento servidor. . . en la cárcel,

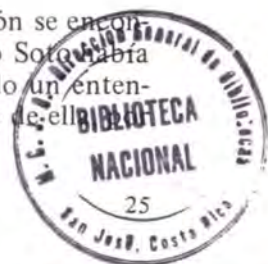
Rogelio Fernández Güell, San José, julio 1901” (14).

¡El adolescente que desde las aulas del Liceo fue trasladado a prisión, salió de la cárcel hecho un hombre!

Jóvenes idealistas contra viejos políticos

Pero sigamos adelante con la campaña política donde el joven Fernández Güell, quien sólo dos años antes había comenzado su labor periodística contribuyendo a la fundación de “El Tiempo” y colaborando en “El Día”, había recibido su “bautismo de fuego”. Porque como se verá luego, la cárcel no logró silenciarlo, sino exaltar su elocuencia y su protesta por el estado de cosas.

Cuando Rogelio Fernández salió de la prisión se encontró la situación política cambiada: don Bernardo Soto había renunciado y el Presidente Iglesias había buscado un entendimiento con la oposición, o al menos con parte de ella.



medio de don Cleto González Víquez. Don Cleto, hay que aclarar, no era ni había sido nunca miembro del partido republicano.

Mientras don Cleto, don Ricardo Jiménez, el doctor Durán Cartín, y otros prominentes miembros del "Olimpo" aceptaban la propuesta presidencial, los auténticos republicanos decidieron seguir adelante sin candidato; pero a estas alturas don Rafael resolvió librar a la oposición de la amenaza de la convocatoria a elecciones para reformar la Constitución.

El 14 de setiembre se reunió el Presidente en la Casa Presidencial con cuatro delegados de los republicanos y cinco del partido civilista. Los republicanos propusieron a don Cleto como candidato, pero fue rechazado por los civilistas; éstos postularon a don Octavio Beeche, quien fue a su vez vetado por los primeros. Aquí fue cuando intervino don Rafael Iglesias y "para conciliar las partes en discordia" lanzó la candidatura de don Ascensión Esquivel.

El "gallo tapado" de don Rafael, como lo denominó el ingenio popular, tomó de sorpresa a todos: era desconcertante que el candidato de Iglesias fuera un liberal, no un civilista, y su enemigo político de 1889. Don Ascensión finalmente fue aceptado. Don Rafael se había salido con la suya, imponiendo hábilmente a su sucesor.

Días después Esquivel aceptó la candidatura que fue ratificada por los civilistas, por parte de los antiguos republicanos y por los intelectuales del "Olimpo", naciendo así el Partido Unión Nacional de la fusión de esas agrupaciones políticas.

En la noche del 15 de setiembre se reunieron los directores y redactores de los periódicos que se publicaban en San José, en las oficinas del diario "El Tiempo", para examinar la situación creada por la convenida "transacción" y tomar una resolución al respecto. Presidió la reunión el doctor Antonio Zambrana, periodista cubano, que por ese entonces dirigía La Prensa Libre, brillante intelectual, tradista y profesor de la Escuela de Derecho, quien había realizado la campaña preparatoria de "la transacción" desde su diario (15). Todos dijeron sí y sólo nuestro joven periodista que había asistido como redactor de "El Tiempo", dijo no y se retiró a su casa dejando el periódico (16).

Nadie protestaba contra el pacto entre el Presidente Iglesias, el Olimpo y los republicanos, hasta que de una pequeña y olvidada imprenta salió el primer número de "El Derecho", semi-diario principista, redactado por el mozo que acababa de cumplir 18 años. Esto sucedía seis días después de la imposición del candidato transaccionista y Rogelio y su hermano mayor, Víctor, aparecieron como directores del nuevo diario y desde el primer número atacaron la transacción y expusieron sus ideales republicanos. Rogelio escribiría después que su periódico: "Alzó bandera cuando amar a la Patria era un delito y cuando el pueblo asombrado, contemplaba vacilante la venta de sus derechos. . ." (17)

"El Derecho", cuyo primer número apareció el 20 de setiembre de 1901, daría origen al Partido Republicano neto o neo-republicano, constituyéndose en tribuna y trincheras de la nueva causa republicana.

En su primer editorial titulado "La Bandera", el nuevo diario se definió como: ". . . periódico fundado únicamente para defender los sagrados derechos de los ciudadanos republicanos y el honor de la bandera de la Patria, tan mancillada por mezquinas ambiciones. . ." Y al día siguiente atacó a "la transacción" calificándola de inmoralidad política:

"Entre un gobierno cuyo poder ha usurpado y un pueblo altivo y consciente, no puede haber transacción porque ello sería reconocerlo como legítimo y aceptar de hecho todos sus actos. La transacción que cabe en este momento es solamente con la Ley.

Si el gobierno quiere reconciliarse con el pueblo que dé la más amplia libertad en las elecciones y que acate fielmente la voluntad nacional. Pero entrar con pactos, imponer diplomáticamente un candidato, buscar él mismo el hombre que le suceda como continuador de un sistema administrativo de funestas consecuencias para el país, . . . eso no conforma con la democracia ni el decoro y buen juicio que deben asistir a un pueblo celoso de su dignidad y de sus fueros".

Los neo-republicanos fueron duramente atacados: los llamaron despectivamente idealistas, principistas, chiquillos malcriados, etc.; pero el periódico era de combate. Como don Ascensión Esquivel había nacido en Rivas, Nicaragua,

reprodujeron la declaración del 24 de febrero de 1869 donde el Gobierno le concedía la carta de ciudadanía y luego el artículo 98 de la Constitución, que decía así: "Para ser Presidente de la República se requiere ser costarricense por nacimiento" (18).

La protesta halló eco. ¡El grupo se convirtió en montón y el montón en un partido!

Excepto dos de los fundadores del Partido: don Albino Villalobos y don Faustino Montes de Oca, que son dos profesionales de prestigio, el resto, en su mayoría son estudiantes de Derecho: José María Zeledón, Teodoro (Yoyo) Quirós, el escritor, Alfredo González Flores, Claudio González Ruca-bado, Alberto Monge Rivas, Lisímaco Vargas, Ricardo Coto, Tobías Gutiérrez, Clodomiro Salas, Jesús Coto Rojas, Aristides Montero, Víctor y Rogelio Fernández Güell (19).

La noche del 17 de octubre, por invitación de sus directores, se concentró una gran manifestación al pie de las ventanas del periódico, que no pudo dar albergue al gran número de personas que se reunió. Allí, en la calle, se nombró a la Directiva del Partido Republicano, y Rogelio Fernández Güell fue uno de los oradores que fustigaron al régimen.

"El Derecho" es un periódico —como todos los de su época— de sólo cuatro páginas a cuatro columnas. La primera y última página son de anuncios. Las tres de gacetas (noticias nacionales, sociales, correspondencia) y cables del exterior; pero en la número dos viene el editorial y un artículo de fondo. Son de combate, apasionados, políticos. Casi todos los días los firma Rogelio Fernández Güell, con su nombre o bajo el pseudónimo de "Pascual". El joven director demostró ser no sólo un convencido del ideal republicano y un excelente prosista, sino también un fogoso polemista. Con grandes personajes de la época polemizó, entre ellos el Doctor Zambrana, el intelectual cubano desde hacía muchos años radicado en Costa Rica, quien además del periodismo cultivaba la política a la par de los nacionales. Despectivamente, se había burlado de los neo-republicanos por no tener un candidato. Fernández Güell replicó en un artículo titulado: "Sin Bandera?" :

"Lástima grande nos ha producido los últimos artículos del doctor Zambrana, plagados de errores y de ultrajes; lástima, sí,

porque vemos claramente que su despejada inteligencia se empieza a oscurecer, que ya no es aquella alma joven llena de vigor y de entereza para las lides del pensamiento, que en otro tiempo se elevaba como un águila soberbia, para posarse en la cumbre de los genios.

Los últimos artículos del Maestro parecen las últimas palpitaciones de una lámpara sin aceite; la decadencia del orador es manifiesta; no tiene el nervio que le animó en mejores días, ni el vuelo que se remontaba a las alturas. El derrumbamiento de su espíritu ha dado principio; su alma vigorosa principia a declinar; es una estrella que palidece para siempre, no un astro que se sumerge en una nube para volver a presentarse más resplandeciente, más hermoso. . .!

Hoy nos insulta porque seguimos sus antiguas y sabias enseñanzas; nos llama soñadores, cuando él nos enseñó a soñar con paraísos republicanos y con las blancas estatuas de la libertad; nos dice idealistas, porque consecuentes con sus doctrinas rechazamos la indignidad política. ¡Pobre maestro! ¿Qué culpa tenemos nosotros de que Ud. nos enseñara a despreciar a los que llamaban poetas y locos a los que soñaban con la República verdadera, a los que se sacrificaban en aras de sus principios? Ud. nos enseñó a pensar en la libertad; nos inculcó doctrinas sanas; puso en nuestro cerebro las ideas más nobles y levantadas; escuchando sus elocuentes palabras hemos adquirido la luz. ¿Por qué nos combate Ud. con las mismas armas que Ud. nos enseñó a despreciar? ¿Tenemos la culpa de ver con profundo dolor su decrepitud espiritual?

Maestro, todavía resuena en nuestros oídos sus elocuentes discursos sobre "La Liga del Derecho"; todavía llevamos impresas las mil emociones que nos hizo experimentar entonces. Estamos enamorados de los principios que Ud. nos inculcó. Por eso al verlo en tan lastimosa condición nos condolemos; por eso le decimos que vuelva al verdadero camino, pues si continúa por el mismo, puede que en vez de llegar al Capitolio, se encuentre en la roca Tarpeya, aunque no arrastrado a ella como Manlio. . . Es hora de que Ud. se lamente, como Mario sobre las ruinas de Cartago, de sus muertas ilusiones, no como Jeremías sobre las de Jerusalén cuando lloraba por la caída de un pueblo.

Maestro, si Ud. se ha vuelto cortesano y quiere ponerse un traje perfumado como los que se usaban en Versalles en tiempos de Luis XV, nosotros no queremos hacer otro tanto; si Ud. sube a

la tribuna para combatirse a sí mismo, nosotros que somos jóvenes amantes de los derechos del pueblo, no queremos depouer hasta tal grado nuestro decoro y nuestras convicciones firmes y honradas.

Su último artículo, rebasa todos los límites de la moralidad y de la sensatez políticas; en él se descubre al caballero cubano enemigo de su Patria, y al extranjero que trata de inmiscuirse en nuestros asuntos.

Doctor, ¿Cree Ud. que es un argumento formidable el de que no tenemos candidato? ¿Cree Ud. que nos aplasta con decirnos "chiquillos Malcriados" cuando nosotros bajando al terreno del insulto, podemos decirle que Ud. ya se acerca a la niñez?

¡Ah querido Maestro! ¿Por qué se sulfura Ud. porque nosotros nos oponemos a que Ud. manche nuestra bandera, que dicho sea de paso, no es la suya? ¿Es que no tiene argumento con los cuales combatir y apela para ello al insulto, que muestra tan a las claras la debilidad del que lo profiere? . . .

Que no tenemos bandera afirma Ud. ¿Y cuál es la que llevamos al frente de nuestras columnas? ¿Llama Ud. bandera a una persona, no a una idea? ¿Qué mejor enseña que nuestro ideal? Necesitamos es verdad un abanderado; y pronto lo hallaremos.

Cuando en el combate marchan los soldados detrás del abanderado no van tras él, sino tras la bandera que levanta con sus manos. Si muere el abanderado, otro recoge la bandera, y el ejército continúa marchando en pos de la insignia, del símbolo de la Patria.

Llevamos como bandera la de Costa Rica, nuestro ideal es el Progreso, la libertad, la república verdadera. ¿Cuál es la bandera del doctor? ¿Un hombre, una persona. . .?" (20).

Rogelio Fernández más adelante, refiriéndose al mismo personaje, escribiría "¡Qué elocuencia la de ese hombre cuando habla con amor de los principios! ¡Qué palabrería confusa la suya cuando trata de combatirlos!" (21).

Días después, Fernández Güell polemizó, esta vez con Lorenzo de Gontrán —pseudónimo que resultó ser de don Tobías Zúñiga Montúfar— escribiendo un vibrante artículo que tituló: "Broquel y Espada".

“Prostituir el pensamiento, caer de la cumbre de la decencia al abismo de la indignidad, manchar con un acto innoble las primeras páginas de la vida, servir de baluarte al continuismo y de incensario a los falsos dioses, es rebajar el alma, transformar en verdugos de la verdad. Tal es la tarea de Lorenzo de Gontrán, obra ejecutada en las tinieblas, trabajo misterioso, propio de aquellos que llegan arrastrándose a la cumbre.

¡Ah! de esa manera no se consigue la gloria; no es con artículos de esa especie, plagados de palabras sonoras, propias de los que no tienen en la cabeza más que una larga cabellera, como se conquista un nombre, no es humillando la frente como se contempla el cielo, es con la entereza de carácter, con el talento y la dignidad como se alcanzan los preciosos laureles, que adornan las sienes de los héroes y los genios.

¡Id al Calvario, pero no prostituyáis el alma! Hay algo de sagrado en la dignidad; algo de divino en la razón; algo de sublime en el pecho del patriota que no se puede deprimir jamás. Descender al terreno del insulto, llamar ruines a los que tienen la hermosura de lo digno; transformar el patriotismo en pedantería, es cosa muy fácil, pero no lógica ni grande. Es propio de los talentos prostituidos la bajeza; como propia es del pulpo la ventosa y de las serpientes el veneno. Para ser patriota no se necesita tener un talento desmedido ni una instrucción inmensa; basta tener un corazón y en ese corazón cariño por la Patria, por lo noble y grande que se puede anidar en la conciencia humana” (22).

El 8 de noviembre, en Heredia, el Club Republicano lanzó la candidatura de don Máximo Fernández Alvarado, siendo luego acogida en San José con gran entusiasmo. Sólo veinte días antes de las elecciones don Máximo aceptó la postulación.

Rogelio Fernández nos cuenta ese episodio de historia patria con estas palabras:

“Un pequeño grupo de “disidentes” enarboló la bandera principista en El Derecho y fueron a ofrecerle al Lic. Fernández la candidatura. Quien esto escribe, formaba parte de ese grupo de “visionarios” y “soñadores”. El Lic. Fernández nos aguardaba en su despacho, que es el mismo que hoy tienen los apreciables hermanos Coto Fernández cerca de la Iglesia Catedral. El estaba de pie, apoyado ligeramente en el respaldo de su escritorio. Nosotros nos colocamos formando semicírculo en torno a él. Eramos a lo sumo quince personas, todos humildes artesanos

y uno que otro estudiante de Derecho. A mi lado estaba don Faustino Montes de Oca. Nuestro Jefe, el que dirigía nuestro pequeño grupo, habló y se refirió a la situación política, la gravedad del momento, a la necesidad de salvar los principios y el buen nombre del Partido. Luego, dijo, que simultáneamente, la candidatura del Lic. Fernández, en aquellos momentos, había sido lanzada en Heredia. Finalmente, habló don Máximo, con la fluidez de expresión de un alma templada en el fuego del patriotismo y dijo: "Señores: yo bien sé que lo que venís a ofrecerme, no es una corona de laureles ni una senda de flores, sino una corona de espinas y el camino del destierro. Yo acepto ambas cosas por amor a Costa Rica y por apego a las doctrinas republicanas, y con gusto compartiré el honor que nos corresponda en la jornada". ¡ Nobles palabras, cual muy pocas veces han salido de labios de un patricio!" (23).

Ya los republicanos tienen candidato: "un hijo legítimo de Costa Rica y republicano irreductible".

Las elecciones de primer grado se celebran a mediados de diciembre y, como era de esperarse, el triunfo del Unión Nacional es indiscutible. Sin embargo, los republicanos alcanzan un 19 0/0 de los votos, después de sólo 60 días de campaña. La pluma del movimiento republicano ha sido la de un joven de 18 años: Rogelio Fernández Güell.

Ante la derrota "El Derecho" lanza un grito: "vencidos mas no domados", y su director escribe días después uno de sus más notables artículos de ésta, su primera época de escritor político: "La Muerte de los Dioses", los Dioses del Olimpo; es agua para su molino político porque los dioses no morirán hasta 1914 y volverían a resucitar después de los Tinoco; pero si en el fondo el artículo es discutible, no lo es en la belleza de su forma ni su castiza expresión:

"En el Universo el sol que se apaga es un astro muerto que vaga en la inmensidad, sin vegetación, sin brillo, cubierto de montañas rocosas y cráteres de volcanes apagados. En el mundo moral, el astro que se extingue no vuelve a inflamarse y es un cadáver que rueda a la sepultura. Sin embargo, algunos brillan con fulgor prestado y hacen, como la Luna, el oficio de lentes gigantes que reflejan la luz de un sol hermoso sobre planetas apagados. Tal fue la suerte de los Dioses del Olimpo que brillaron con fulgor prestado, y que de lejos parecían tener un brillo propio. Pero en los movimientos políticos nos hemos acercado a

ellos y no han resistido nuestro examen. Los hemos comprendido.

Rodeados de un prestigio inmerecido, endiosados por la ignorancia popular, enorgullecidos con su talento y su fama, se olvidaron de los que marchaban tras ellos siguiendo sus huellas. Se apartaron de la senda de la razón, y aquellos continuaron. El progreso universal no admite vallas y quienes formaban antes los centinelas avanzados de la civilización, rendidos por la jornada cayeron adormecidos a la mitad del trayecto. Y el progreso que no se detiene a esperar a los que se quedan atrás rendidos por el cansancio, pasó sobre ellos, siguiendo su marcha victoriosa.

Y el Olimpo ha muerto en Costa Rica. . . Pero ¿qué significa eso de dioses? ¿Es que la vanidad humana pasa del delirio a la locura? ¿Es que aún pretenden deslumbrar con oropeles al pueblo? ¿Es que después de haber roto las cadenas del cuerpo quedan por destrozar las del espíritu? ¿Acaso se quiere subyugar nuestro cerebro? ¿Es que es necesaria una nueva Revolución Francesa para concluir con la tiranía de las inteligencias?

Hay Bastillas morales que sirven de cárcel al pensamiento. Pero ya hemos salido de ese período de tinieblas; tenemos ojos para la luz.

No es ya una docena de individuos la que mantiene el monopolio de la inteligencia, de la ilustración y del carácter. Hemos estado mucho tiempo de rodillas contemplando a esos mitológicos señores, viendo en sus menores gestos brillar la grandeza. Nos hemos levantado, vemos claramente lo que son: sepulcros blanqueados.

Los que ayer se llamaron dioses del Olimpo ya no existen con sus manejos, con su política misteriosa, han contribuido a su caída. Muy pequeñas son nuestras plumas, pero hemos abierto con ellas sepulturas. La tinta es la tierra que sobre esos cadáveres ilustres arrojamos. Nosotros no quemamos a nadie con las llamas de nuestra pluma, como el Doctor Zambrana, pero con ellas sepultamos.

Somos sepultureros y cada día un cadáver más arrojamos a la fosa común, que en vez de cruz, tiene una bandera blanca. . . como señal de paz. La paz que se goza en los cementerios, la paz que predicaron como los frailes de la San Barthelemy, con el cristo en una mano y el puñal en la otra. . . ¡Descansad en paz! Cumplido está nuestro lema que está escrito con letras negras sobre vuestra sepultura.

¡Dormid, no despertéis!, el pueblo no será el Jesús que os lance el

¡Resurrexit Bíblico!. . . ¡Dormid, porque durante vuestro sueño se engrandece el pueblo y ya no pondréis trabas al progreso y despertad cuando la trompeta apocalíptica os saque de vuestro profundo sueño para comparecer en el juicio de la Historia para responder ante la Patria de vuestros rudos ultrajes a la libertad de un pueblo!" (24).

Una semana después aparece otro artículo, donde Fernández Güell hace gala de su idealismo, de sus firmes ideas republicanas y de una prosa depurada, y al final lanza un ataque a fondo a los intelectuales del Olimpo. Es un joven que aún no ha cumplido 19 años, pero que se ha convertido en la primer pluma de los republicanos, el que se atreve a desafiar a la pléyade de brillantes intelectuales y políticos denominada el Olimpo, y que apoyan a Esquivel.

¿República?

"La inteligencia humana concibió un día una forma de gobierno que, matando el despotismo, hiciera a los pueblos soberanos del Estado bajo el cielo limpio y resplandeciente de las leyes. Desde entonces, los hombres de honor y de carácter han venido luchando incesantemente para arrancar una a una partículas de libertad a los tiranos.

Piedra por piedra se demolió la Bastilla; preocupación por preocupación se fue quitando del ánimo del pueblo el respeto y amor a las viejas instituciones y a los códigos viciados; eslabón por eslabón se ha ido destruyendo la cadena que nos aprisionaba, desgraciados Prometeos, a la roca maldita de la barbarie. La libertad fue sellada con sangre; pero esta fue el agua purificada que bañó la faz de las naciones, primer bautismo para entrar a formar parte en el concierto de los países libres.

Las leyes fueron escritas, no con débiles plumas, sino con espadas centelleantes. Para siempre fueron grabadas en las tablas del patriotismo, que recibimos de manos de la Justicia, en el monte Sinaí de la más pura democracia.

Lo que al principio pareció sueño de poetas, fue poco a poco cubriendo el mundo entero, y si Colón con tres carabelas surcó mares ignorados para descubrir un mundo a la civilización y abrir nuevas vías al progreso, los patriotas con la pluma, con la palabra y con la espada, formaron como Dios, un mundo de la nada: el mundo de la libertad, que tiene por cumbre leyes, por habitan-

tes ciudadanos y por riqueza, la felicidad en fuentes inagotables.

Con la pluma delinearon ese mundo, con la palabra lo hicieron conocer y con el acero lo defendieron en los campos de batalla. . . La República no es el Gobierno de un hombre ni de varios, no es el despotismo ni el imperio de las multitudes hambrientas e insensatas que hoy destrozan el ídolo que adoraron ayer; no es el gobierno de esas muchedumbres, descamisadas, sanguinarias y salvajes que aparecen en los días de revuelta con su faz lívida, mostrando sus harapos, con picas en la mano, lanzando gritos de furor; no es el delirio; es la concordia, la paz, la armonía; es el gobierno de las leyes, majestad única, poder invisible y formidable que nos empuja hacia el progreso, como el vapor al navío, siempre manteniendo la proa en dirección del puerto de la civilización.

Bajo el arco luminoso de las leyes, pasan los pueblos sensatos y libres, en el carro del progreso en busca de la felicidad.

Esa es la República, ese es el gobierno poderoso e invisible que rige a los ciudadanos, base del bien público, de la dicha de las naciones.

El conjunto de leyes que forma la República, no se puede destrozarse sin caer en la tiranía. Un artículo no se puede arrancar de la Constitución sin que pierda ésta su carácter; como no se puede quitar un brillante de un collar sin que desaparezca el mérito de la obra. Cada Ley es un brillante magnífico de esa corona sublime que se llama Constitución y que luce en la cabeza de la libertad.

Pues bien, eso que se llama esquivelismo y que yo llamaría delirio, ha pasado sobre las leyes, sobre los principios, sobre el decoro de la Patria.

Se han burlado las leyes, luego la República no existe; se ha violado el decoro, luego la abyección se impone; se ha prescindido de los principios, luego Costa Rica es una monarquía absoluta. La lógica es inflexible y recta.

Las leyes son fórmulas de las que se prescinde a cada paso; la libertad es un fantasma, la justicia una ficción. . . Yo le pondría a Costa Rica, en vez del nombre de República que lleva por irrisión, el de Oligarquía Olímpica" (25).

Pero no sólo son notables los escritos políticos del joven periodista, llenos de fuego y pasión, sino que con motivo de la muerte de dos escritores de su tiempo, escribe dos memorables piezas fúnebres. Una de ellas la dedica a Yoyo Quirós,

el escritor y periodista, sólida columna del partido republicano:

Enlutemos la Bandera.

“En medio de las amarguras, de las heridas profundas que hemos recibido, como si nuestros sufrimientos fueran pequeños, hemos visto oscilar y caer desmoronada, una columna soberbia del Partido Republicano. Un compañero ha caído bajo las plantas frías de la muerte, que no tiene respeto del talento, del patriotismo y de la hidalguía.

Inmenso es el sentimiento que nos embarga, la pluma tiembla en nuestra mano conmovida; nuestro pecho estalla en suspiros de melancolía, al recordar al brioso campeón de las doctrinas republicanas, al escritor elevado, que joven todavía, llevaba en la frente los laureles que la muerte no ha podido marchitar. Murió como mueren los hombres de su talla; tuvo que rendirse ante la muerte, cuando nunca lo había hecho ante la fuerza; bajó a la tumba cuando debía ascender al alcázar de la Gloria! ¡Oh, leyes misteriosas del destino! La muerte es la eternidad y la vida no es más que una ligera pasada en una estación celeste. ¡Republicanos!, enlutemos la bandera tricolor, porque uno de nuestros hermanos más patriotas, se ha doblegado ante el peso abrumador de su última desgracia; lloremos sobre su tumba, sí, pero que nuestras lágrimas sean de sangre, porque ha muerto cuando la Patria tanto tenía que esperar de él, lloremos doloridos, y que nuestras lágrimas fecundicen el laurel que luce sobre su losa!

¡Oh! ¿por qué mueren los hombres de carácter; por qué la muerte no se detiene ante una vida tan hermosa, de triunfos, de glorias y de padecimientos por la libertad? ¡Ah! mucho debió temblar la mano de la muerte al cegar la existencia de Teodoro Quirós ¡ Pero ¡ay! con él también muere Gonzalo González, con él rueda a la fosa la brillante pluma que movió a toda Costa Rica; con él el periodismo costarricense pierde su principal cabeza; con él la Patria pierde un gran valor patriota; con él pierde el Partido Republicano uno de sus más firmes apoyos.

¡Compañeros, enlutemos la bandera!

¡Cómo recordamos al hombre de carácter, al escritor pujante, que en una reunión de la prensa fue de los pocos que se levantaron para protestar de la capitulación de un partido! Todavía vemos aquella faz inspirada, aquel rostro noble, aquellos ojos, espejos de un alma grande, ventanas de un espíritu valeroso y elocuente.

Lloremos republicanos, lloremos sobre la tumba del patriota sincero, que murió alejado de nosotros, lloremos como deben llorar los hombres fieles y honrados por la muerte temprana de un compañero, a quien con orgullo contábamos en nuestras filas.

¡Adiós juventud, vida, gloria y honores. . . ! (26)

En la muerte del escritor Manuel Argüello Mora escribe otra necrología que remata con unos versos de su propia cosecha, donde aparece por primera vez su preocupación por un tema que le seguirá obsesionando a través de su vida: el misterio insondable de la muerte.

No es la muerte, no más lo que aterra:
es la duda que lleva en sus entrañas,
El misterio insondable que ella encierra
Y el profundo dolor que la acompaña. (27).

Y el joven periodista publica, a principios de marzo de 1902, una poesía, bella en su forma y de hondo contenido filosófico, digna de un poeta en plena madurez y asombrosa para un muchacho que aún no ha cumplido 19 años.

EL DOLOR SUPREMO

I

“¿Qué dolor es del hombre el más profundo?”
Cuando niño llorando preguntaba,
Y tendiendo la vista sobre el mundo
Cada ser mi pregunta contestaba.

—Es perder la muñeca más hermosa—,
Contestóme una niña sonrosada.
—Es amar a un ingrato, —pudorosa
Respondióme una niña enamorada.

Y un anciano me dijo con voz triste
Colocando una mano en mi cabeza:
—Es pensar en un bien que ya no existe. . .
Y abismóse en hondísima tristeza.

—Ver un hijo luchando con la muerte
Cual antorcha en la noche agonizando. . .
Es el golpe supremo de la muerte!—
Una madre me dijo sollozando.

—No hay dolor más terrible que sentir
Apagarse la fe que nos alienta. . .
—La desgracia más grande es existir. . .
—¡El dolor más terrible. . . no se cuenta!

—Es mirar en mitad de nuestra vida
La ilusión moribunda: el desengaño!
—Es pensar con el ánimo abatida
Que la gloria en el mundo es un engaño!

—No hay dolor como aquel que nos pervierte
Y nos hace pensar que Dios no es cierto.
—El dolor más terrible es ver la muerte
Acercarse y llegar. . . y vivir muerto!

—Es mirar sollozar a nuestra madre. . .
Es amar y no ser por ella amado. . .
—No hay dolor que el espíritu taladre
Cual soñar con la gloria deslumbrado.

Y después despertar entre cadenas. . .
—El dolor más terrible para el hombre
Que una sangre de honor tiene en las venas
Es mirar un borrón sobre su nombre!

II

Todas estas respuestas las recuerdo
Hoy que joven me apresto a la jornada
Con el alma del bien enamorada,
Y en un viejo cuaderno las conservo.

Y yo pienso: El dolor que no se cuenta
Es quizás el mayor. . . el más ardiente. . .
Pero pienso también —es mi respuesta—
Que no hay dolor como el dolor presente” (28).

En abril de 1902, en plena campaña periodística de oposición, el joven escritor resulta protagonista de otro desagradable suceso, cuando es asaltado y agredido en el Parque Central de San José por varios militares, por pretendidas ofensas al Ejército. A consecuencia de la agresión Fernández Güell recibe varias heridas de sable en un brazo y una mano, que lo obligan a aprender a escribir con su mano izquierda. Con orgullo ostentará el resto de su vida las cicatrices que le quedan de este lamentable lance.

“El Derecho” publica varias airadas protestas. El oficio de periodista en aquella época era peligroso, pero el joven

Fernández no desmaya en su quehacer, y su periódico ataca las elecciones de segundo grado, que ungen definitivamente al candidato Esquivel como próximo Presidente de la República; acompaña desde sus páginas a los diputados republicanos en sus luchas en el Congreso —uno de los cuales es su hermano Víctor—, y vuelve a polemizar, esta vez con el diputado don Ricardo Jiménez Oreamuno. Arguye por la libertad de prensa y protesta contra la elección de Esquivel.

Pero ya todo es inútil. Don Ascensión Esquivel es el Presidente, y el joven Fernández se despide de su oficio de periodista para dedicarse a sus estudios, el 15 de octubre de 1902, con estas palabras:

“Han pasado ya los ardores de la lucha. . . Nada me resta que hacer; todo esfuerzo de mi parte es vano. . . he resuelto separarme del periódico que creció a mi sombra y envolver mi acero en mi bandera. . .

Doloroso es para mí separarme del periódico que nació en mi mente; hay entre él y yo un lazo fortísimo, nos hemos identificado, por decirlo así, pero es necesario, mi obra está casi concluida y mi ardor le sería fatal.

El patriotismo me exige que me separe, y atiendo su voz.

Vuelvo, pues, a mis estudios; a buscar entre mis libros la tranquilidad que me robara la mano despótica del Poder; vuelvo a los queridos compañeros de mi vida; he sacrificado a mi Patria mis mejores días, ¡quiera el cielo que pueda más tarde sacrificarle el resto!

¡Demasiado joven me he visto envuelto en un gran acontecimiento político; estábame reservado el dar el primer grito de alarma, y agradecido estoy de los que oyeron con simpatía mi voz juvenil! Ahora, que contemplo la obra crecer y engrandecerse vuelvo a la oscuridad de mi retiro, a sumergirme en las aguas cristalinas y vivificantes del mar de la ciencia dejando a otros el trabajo de continuar la tarea de la regeneración de la Patria. Mañana, cuando las circunstancias lo exijan, empuñaré de nuevo la pluma con entusiasmo y el ardor de siempre, para luchar por los principios que presiden todos los actos de mi vida.

El periódico que creció a mi sombra, es hoy un árbol de robusto tronco, alimentado por la savia del patriotismo, árbol que tiene sus raíces en el corazón de todos los patriotas, y cuyas floridas ramas, formando arcos de triunfo, se enlazan por toda Costa Rica, perfumando su ambiente. Arbol ya tan arraigado, embotará todas las hachas que se afanen en cortar su frondísimo ramaje. A su sombra dormirá mi pluma; pero cuidado, olímpicos farsantes, de no remover la hojarasca, porque apenas oiga el rumor de vues-

*tros pasos, se cubrirá de llamas y brillará en mis manos como una lanza de guerrero.
Hasta mañana. (29).*

Con hondo sentimiento deja "Pascual" su querido periódico, pero su despedida tiene también la promesa de sacrificar a la patria sus mejores días, promesa que se cumplirá como una profecía. . . Se retira, y ya sólo esporádicamente escribe para el diario desde la ciudad de Atenas, adonde ha ido a buscar reposo para su espíritu. Pero en una alma altiva, inquieta e indomable, como la de Fernández Güell, la paz, la tranquilidad, no dura mucho, y en 1903 se ve envuelto en otro incidente que por fortuna no tiene lamentables consecuencias, pero que dejará honda huella en su ánimo. El, que meses antes había escrito una serie de artículos en "El Derecho", contra el duelo, esa "salvaje costumbre", es desafiado por el licenciado Luis Castro Ureña. Años después escribiría que "sin que mediara de su parte provocación alguna y antes lamentando la ocurrencia", se vio forzado a aceptar el duelo para "no entregar la firma de una persona que me era muy querida". El lance se verifica en la Sabana, a revólver, un día de 1902, pero ninguno de los dos resulta herido, y andando los años los dos rivales se reconciliaron y llegaron a ser perfectos amigos.

A causa de las persecuciones políticas de que es objeto tanto él como su familia —dos de sus hermanos son confinados, uno a Nicoya y otro a Golfo Dulce— se ve obligado a tomar una trascendental decisión y el 18 de enero de 1904 emigra a España, la tierra de sus mayores por línea materna.

Tres días antes "El Centinela", diario republicano, despide a Rogelio dedicándole sus páginas y justificando la determinación del joven periodista con estas palabras: "Aquí no hay más política posible para la oposición que el silencio o la apostasía". (30).

Una fotografía que publica el periódico en su primera página nos muestra al adolescente, de saco, chaleco, cuello de palomita y un noble y juvenil rostro donde ya se advierte su precoz calvicie. El editorial y varias colaboraciones son dedicadas a la joven figura republicana, de tanto relieve ya, y se publican su oda "A Costa Rica", un artículo de combate: "El Reinado de la Fuerza" y su prosa poética "¡Tierra!", donde el joven escritor nos habla de dos de los grandes per-

sonajes que admirará tanto durante su existencia: Cristo y Colón, que con don Quijote, y, años más tarde, Francisco I. Madero, serán cuatro héroes sobre los que su genio escribirá las mejores páginas. Son cuatro pilares que, como el escritor, están nimbados por una "divina locura" que los hará traspasar los umbrales de la vida terrena a la inmortalidad.

"TIERRA"

"Colón pertenece a esa brillante pléyade de soñadores cuyo abanderado es Cristo.

¡Tierra! — es el grito de triunfo del idealismo clavando el ancla en las arenas de la realidad.

El tiempo pasado expiró a los pies de Cristo. "Colón echó el anzuelo al mar y pescó un continente".

Neptuno golpeó la tierra con su tridente e hizo surgir un caballo, Colón hirió las aguas e hizo brotar un mundo.

Y sin embargo, Colón era un loco; como lo fue Bruno, como lo fue Copérnico y como lo había sido Cristo.

"¡Triste humanidad sin locos! exclama Roque Barcia. De una locura suelen surgir las grandes verdades!"

El 12 de octubre es para América lo que el primer año de la era cristiana para la humanidad. La realización de un sueño hermoso, el triunfo del idealismo, ese es el descubrimiento de América. Colón era el don Quijote de los mares; penetró en lo desconocido teniendo el abismo a los pies y el infinito gravitando sobre su cabeza, a rescatar con la punta de su lanza un continente de los brazos del océano.

Colón y Cristo ocupan las cumbres más altas de la Historia; son el remate de la inmensa escalera de genios y mártires, después de ellos sólo el infinito.

El non plus ultra brilla sobre sus gloriosas frentes, son las columnas de Hércules sobre las que descansa el templo de la Historia. Los siglos pasan ante ellos como ancianos venerables inclinando con respeto la cabeza. El tiempo que todo lo sepulta, no ha podido ni podrá marchitar los laureles que coronan sus frentes de soñadores, porque el tiempo mismo nació a los pies de esos gigantes. La Gloria es fama que al besar sus labios tembló ruborizada; y la muerte, al recibirlos en su seno, sintió que la vida invadía su lúgubre caverna. La caída de esos cuerpos en el sepulcro resonó en todo el globo y aún se escucha en la Historia los ecos de la tremenda sacudida.

¡Tierra! fue el grito de Colón de pie sobre la nave; ¡Cielo! el de Cristo pendiente en la cruz".

El 16 de enero de 1904, el mismo diario publica la despedida de Rogelio Fernández Güell, confesión pública de sus afanes y credo de fe republicana del joven político.

ADIOS

“Nunca como ahora, el sentimiento patrio ha despertado en mí con mayor fuerza. Y es que, a medida que se acerca la hora de partir, los afectos me encadenan a la tierra, a la familia, a los amigos, al sepulcro de mis mayores y al teatro de mis luchas.

Muy duro es desprenderse de lazos tan estrechos.

Lamento al dejar el suelo de la Patria, no haber podido imprimir profundamente las huellas de mi paso en él; pero me consuelo pensando que, quizás mañana, podré hacerme acreedor a la simpatía, si no al cariño de mis conciudadanos.

Lo digo con legítimo orgullo: podrá mi labor ser tachada de violenta; pero nunca de torcida.

Al escribir, siempre he tenido ante los ojos la imagen de la Patria. Ella ha inspirado mis frases; ella ha guiado mis pasos y ella, en ocasiones, ha detenido el vuelo de mi pluma.

He combatido cuanto he juzgado dañoso para sus intereses y fatal para su honor. ¿Que algunas veces, en el calor de la lucha, he proferido palabras que, en otras circunstancias, la tradicional cultura que se exige al contendiente, hubiera condenado? Soy el primero en condenarlo; pero no me avergüenzo de ello, porque mi juventud me disculpa.

Próximo a partir, me complazco en reconocer mis errores.

A lo que sí creo tener derecho es a que no se dude de la sinceridad de mis proceder.

Creo firmemente en el triunfo de los ideales que por tanto tiempo hemos sustentado; tengo conciencia de la dignidad del pueblo costarricense y no dudo que sabré manifestarla cuando el caso así lo demande.

Hablo de la juventud costarricense, hablo de mis contemporáneos, al porvenir de la Patria.

Al colocar mi lanza en el armero, el corazón me dice que brazos más vigorosos la empujarán en defensa de las ideas republicanas y de la Patria.

Me voy llevando gratísimos recuerdos y grandes esperanzas. Mis desvelos han sido premiados con exceso. El bondadoso juicio de mis amigos es un lazo que me une a ellos.

De todos me despido lleno de gratitud y de cariño. ¡Quiera la suerte que esos sentimientos perduren en mi pecho; jamás nublados por los vapores de ninguna insana ambición ni de ningún mezquino interés. A los “eternos idealistas”, a estos

*“neos irreductibles”, a esos no les digo adiós, sino hasta luego.
Y a los costarricenses todos, a los que bajo un mismo cielo
nacieron y a quienes al morir, una misma tierra cubrirá, les
puedo asegurar en este instante de mi vida que, por Costa Rica he
luchado; que por ella, por hacer su nombre hermoso, lucharé sin
tregua; y que, si yo salgo de la Patria, la Patria no saldrá nunca de
mí!*

ROGELIO FERNANDEZ GUELL

Enero 16 de 1904 .



Capítulo IV

EL POETA ES UN PEREGRINO

Joven soy, y la Gloria en mi camino
ha sembrado las perlas de su manto. . .
yo la he visto brillar, y seducido,
de amor enajenado la he seguido. . .
¡mas ay! he comprendido
que es en vano alcanzarla, pues camina
con planta ligerísima la vida. . .

R.F.G., Fragmento de "A la infancia", enero 1903.

Rogelio Fernández Güell se embarca para España con su primo hermano, Tomás Soley Güell. Lleva el propósito de dedicarse a estudios literarios y científicos en Madrid, conocer la tierra de sus antepasados y ausentarse de la patria, por un tiempo, mientras se calman las pasiones políticas que le son adversas y vienen mejores tiempos para su oficio de periodista.

La travesía del Atlántico dura casi un mes y llegan a playas españolas el 14 de febrero. Durante estos días de viaje los dos jóvenes han conversado mucho sobre la situación política de su país, literatura y filosofía, porque Rogelio es dueño de un espíritu inquieto, inquisitivo, que alterna la acción con ratos de profunda meditación, y como joven se pregunta sobre muchos misterios de la vida y de la muerte.

Una mañana, muy temprano, lo encuentra su primo, sobre cubierta, ensimismado, contemplando la inmensidad del mar y le pregunta si lo atormenta el recuerdo de la patria y el hogar que ha dejado.

—No— le contesta—; anoche soñé que una visión me visitaba, y a mi pregunta contestó:

No es la vida un delirio ni un sueño
Dios existe y los mundos gobierna
y su gloria tan cierta y eterna
comprender no podemos los dos. (31).

“Y cuando le pregunté al ángel: ¿cómo puedo volar junto a tí?, repuso: ¡oh, poeta, para ver lo que anhelas, es preciso morir!

—Y en ese instante, Tomás, ¡desperté!”

* * *

Cuando le escribe a su amigo, don Carlos Orozco Castro, el Director de “El Centinela”, a principios de marzo, ya ha atravesado la península “de parte a parte dos veces, en demanda de un poco de calor que me haga recordar las delicias de nuestro clima”. (32).

Ha conocido Santander, algo de Madrid, Córdoba, Alcázar, Málaga, Torrox, Valencia y Barcelona. Ha pasado por la tierra que recorriera su admirado don Quijote, y ante los famosos molinos de viento, como una visión, ha vuelto a imaginar la lucha del manchego con aquellos gigantes. Está en Barcelona, esperando los primeros soles de la primavera para regresar a Madrid, que será el campo de sus futuras luchas.

Al llegar a Madrid lo primero que hace es conocer el Teatro Español y al insigne don Benito Pérez Galdós, cuyo primer drama, “El Abuelo”, ve estrenar. Profunda impresión le causa el gran escritor y dramaturgo canario, “cabeza formidable que soporta sola el peso del Teatro Español Contemporáneo”, escribe.

En Madrid —dice— hay una “pelotera” entre republicanos, monarquistas, carlistas, villaverdistas, mauristas, salmeronistas, robledistas, etc. Pronto se verá envuelto en ese tráfago político, y atraído por el ilustre repúblico, don Nicolás Salmerón y Alonso, lo acompañará en su gira de propaganda a Aragón y Cataluña.

Antes de ingresar a la Universidad de Madrid, como asistente libre, su tiempo lo divide entre los viajes, sus lec-

turas y sus escritos. De esta época, de su estada en la Madre Patria, data la más copiosa de su producción poética. Son versos de juventud, llenos de inspiración, que escribe dentro de los cánones clásicos de su tiempo. En muchos poemas se nota ya la gran influencia modernista, porque no se puede sustraer a la nueva corriente que en poesía ha impuesto Darío; pero el poeta no trabaja mucho sus versos. El mismo en una poesía ("Por qué canto"), lo explica:

"Canto porque sueño; porque soy poeta
porque mis ideas brotan de un laúd;
porque bermellones hay en mi paleta
y aromas en mi alma, sonidos y luz.
Canto porque Canto: porque de mis labios
se desprende el verso; tal es la razón.
Por más que no sea muy grata a los sabios
no encuentro ni anhelo otra explicación".

Cuanto pienso del mundo y la vida
lo ritmo enseguida
en lenguaje ni sobrio ni terso,
porque yo, a la verdad, nunca en verso
retoco o trabajo,
ni le adorno con plumas de grajo.
Así como sale, armonioso,
dulce, alegre, correcto o ripioso,
lo dejo, pues nunca fui dado
a volver sobre un mismo teclado. (33).

Joven, sin preocupaciones, conociendo la península, el poeta vive la época más risueña de su vida y ese estado de ánimo lo plasma en sus versos:

Todo es armonías, destellos, sonidos,
aromas, plegarias y cantos de amor;
todo es vibraciones, ideas, latidos;
el mundo es un arpa, Dios el trovador. (34).

Durante quince meses recorre con su primo la península, viajando en ferrocarril, subiendo a los pintorescos pueblos de las montañas andaluzas y catalanas en diversos vehículos; dejando en un lugar la pesada diligencia, para tomar en otro la pequeña diabla, la ligera tartana, el funicular o el tren de cremallera. (35).

De esta época es su celebrado soneto "María Magdalena", fechado en Madrid en 1905, que apareció en varias antologías de su tiempo.